

aconsejarse con las mismas cosas para aprovechar la ocasion que tan á priesa huye; no solamente es menester estar presentes, sino muy atentos y en vela. Todo esto es de Séneca, con que declara que para gobernar cualquiera persona ó negocio, es necesario estar presente y acomodarse al tiempo y ocasiones.

Pero esta doctrina de la prudencia espiritual, es mejor oirla de boca de los dos Gregorios; porque el Magno la cita del Nacienceno por estas palabras <sup>1</sup>: Pues que ya hemos dicho del pastor de las almas cómo ha de ser, digamos ahora cómo ha de enseñar. Porque, como mucho antes de nosotros dijo Gregorio Nacienceno de venerable memoria, no viene bien para todos una misma exhortacion, porque no todos tienen la misma calidad de costumbres. Muchas veces daña á unos lo que á otros aprovecha, porque muchas veces tambien las hierbas que sustentan unos animales, matan á otros; y el silbo blando y manso quieta los caballos, é instiga y alborota los perros; y el medicamento que disminuye una enfermedad aumenta otra; y el pan que sustenta la vida de los varones, acaba con la de los niños. Luego segun la calidad de los oyentes se ha de formar la palabra de los predicadores, de manera que á cada uno lo que á él le toca le venga bien, y por otra parte la doctrina no se aparte del arte y de las reglas de la edificacion comun. Porque ¿qué otra cosa son las almas atentas de los oyentes, sino (para decirlo así) unas cuerdas que están extendidas y estiradas en la cítara, las cuales el maestro de tocar, para que hagan música uniforme y acordada, las toca diferentemente; y por eso las cuerdas hacen la consonancia concertada, porque siendo tocadas con una

<sup>1</sup> 3 p. Pastor in prolog.

mano, no son tocadas de una misma manera? y de aquí es que el maestro espiritual, cualquiera que sea, para que edifique y adelante á todos en una misma virtud de la caridad, ha de tocar los corazones de sus oyentes con una misma doctrina, pero no con una misma exhortacion. Esto es de san Gregorio.

### CAPÍTULO IX.

QUE EL QUE DA LOS EJERCICIOS NO SÓLO HA DE SER PRUDENTE PARA CON LOS HOMBRES, SINO TAMBIEN FIEL PARA CON DIOS.

**E**L maestro espiritual no sólo ha de ser prudente para con el que hace los ejercicios, sino tambien fiel para con Dios, para que llene las dos propiedades que dijo el Salvador. Siervo fiel y prudente es el que ha de poner el señor sobre su familia <sup>1</sup>, y de esta fidelidad se gloriaba el Apóstol cuando decia <sup>2</sup>: *Fidem servavi*. A esta fidelidad pertenece no hacerse dueño ni de los criados ni de las haciendas en que se ocupan. Porque así como el mayordomo que pone el señor sobre los demás criados, para hacer su oficio fielmente ha de entender, que ni los criados son suyos, ni el pan que les reparte es suyo, sino de su amo, y por consiguiente el negocio

<sup>1</sup> Matth, XXIV, 45. — <sup>2</sup> II Tim. IV, 7.

en que se han de ocupar, ha de ser en provecho de su amo y á su gusto y voluntad, y que á él no le toca más que estar sobre la ejecucion, y repartirles el pan y las tareas; así tambien el superior eclesiástico y maestro espiritual debe presuponer que no es señor de aquellos súbditos, sino siervo como ellos, y juntamente con ellos, ni la palabra que les dice es hacienda suya, sino pan que sale de los graneros de Dios, y que le han hecho á él esta honra y gracia de darle la llave, y abrirle el sentido con alguna inteligencia de las Escrituras para que pueda repartir su oracion á los pequeñuelos, á los cuales debe siempre enderezar al mayor servicio y gloria divina, y esto no conforme á su traza y gusto, sino conforme á la divina voluntad. Este es punto de mucha importancia; y así conviene declararle más por menudo con algunos avisos particulares.

Y para proceder con más claridad, se debe advertir, que el maestro espiritual puede faltar en la fidelidad, ó respecto de las personas que trata, ó respecto de los ejercicios que han de hacer: respecto de las personas, cuando las pretende ganar para sí, y no para Jesucristo, contra lo que dijo el Apóstol <sup>1</sup>: «No nos predicamos á nosotros, sino á Jesucristo, y que nosotros somos siervos vuestros por respecto de Jesucristo.» El querer ganar para sí los discípulos, puede ser de varias maneras, ó porque quiere enseñorearse de ellos como de sus criados por soberbia; ó aprovecharse de su hacienda por avaricia; ó ganar crédito con otros, ó alabanzas de ellos por vanagloria; ó por lo menos les quiere ganar el amor y la voluntad por su gusto y entretenimiento: y todos estos hacen contra la debida fidelidad, porque de una manera

<sup>1</sup> II Cor. IV, 5.

ó de otra en el trato de las almas «buscan lo que es suyo, y no lo que es de Jesucristo <sup>1</sup>.» Quanto á los ejercicios, no son fieles á Dios los que previenen la divina inspiracion, y antes de ella inclinan al ejercitante al estado de vida, ó al ejercicio y ocupacion que ellos juzgan; ó los que sabida la inspiracion de Dios y su santa voluntad, no ayudan como pueden á la debida ejecucion.

El fundamento de esta fidelidad es la verdadera caridad, la cual en nada se busca á sí misma <sup>2</sup>; y por eso el Salvador examinó á san Pedro tres veces en el amor para encomendarle su ganado, y no le hizo dueño de él, ni lo puso absolutamente en sus manos, como el Padre eterno lo habia puesto en las suyas, el cual le habia dicho: «Pídemelo, y te daré todas las gentes por herencia tuya, y por tu posesion los términos de la tierra.» Antes habiéndole hallado fiel en el amor le dijo: «Apacienta mis corderos,» que no son tuyos. «Apacienta mis ovejas <sup>3</sup>,» que no son tuyas. Lo cual se le imprimió al Apóstol con tan particular ponderacion, que para persuadir á los demás pastores y obispos que gobiernen con amor y no se hagan señores les dice <sup>4</sup>: «Apacentad el ganado de Dios que está entre vosotros;» y si el ganado es de Dios y no vuestro, habeisle de gobernar, «no con violencia, no con imperio, no con dominio, sino con amor segun Dios, y yendo delante con el ejemplo para que os sigan.» Porque hay algunos que quieren hacer pompa y gravedad del magisterio espiritual, autorizándose con la muchedumbre de los súbditos y discípulos, sin hacer su oficio, ni cumplir con su obligacion para con ellos. A estos les dice Dios por Ezequiel <sup>5</sup>: «Lo que estaba flaco no lo es-

<sup>1</sup> Philip. II, 21. — <sup>2</sup> I Cor. XIII, 5. — <sup>3</sup> Ps. II, 8; Joan. XXI, 15-17. — <sup>4</sup> I Petr. V, 2, 3. — <sup>5</sup> Ezech. XXXIV, 4.

forzasteis, lo enfermo no lo sanasteis, lo quebrado no lo atasteis, lo descarriado no lo recogisteis, lo perdido no lo buscasteis. Pues ¿en qué érades pastores, sino en que les mandábades con austeridad y con potencia?» Esta tiranía no puede nacer sino de criados que les parece que la ausencia de su señor va á la larga, y que darán la cuenta cuando y como á ellos les estuviere bien. Y para sacarlos de este engaño dijo nuestro Salvador <sup>1</sup>: «Pero si el mal siervo dijere en su corazón: mi Señor se tarda en venir, y animado con esto y prometiéndose vida larga, empezaré á maltratar los demás criados y á herir los siervos y las esclavas, y por otra parte regalar-se á sí, comer y beber, y embriagarse; vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y en la hora que no sabe,» esto es, la muerte le cogerá tan desapercibido, que no solamente no abra los ojos, ni vuelva sobre sí para prevenir el último día, pero ni para prevenir la última hora: sin duda morirá en este mal estado en que él se aseguraba con la tardanza de su señor, el cual por esta causa le «dividirá y apartará de los criados fieles y le hará participante de los castigos y penas de los que no guardaron fidelidad.» Todas estas son palabras de nuestro Salvador, en las cuales muestra ser éste un grado de infidelidad (y parece el más grosero y descubierto) olvidarse tanto de su señor, que quiera dominar imperiosamente entre los demás criados. Y no sabemos que este mal siervo usase de este rigor por algún interés ó negocio suyo; pero ¿qué importa que fuese por el negocio de su señor, si estándoselo él comiendo y bebiendo, y tratando de su regalo, cargaba sobre los demás tareas pesadas y se las hacía cumplir á palos y con heridas,

<sup>1</sup> Luc. XII, 45, 46.

mandándoles, como dice el Profeta, con austeridad y con potencia? Y lo mismo es en nuestro propósito de los padres espirituales, que no tanto tienen espíritu de apacentar, cuanto de dominar; y están más atentos á mandar que no á lo que los súbditos podrán cumplir, recetándoles ejercicios dificultosos, oraciones largas y penitencias rigurosas, y haciéndoselas cumplir con rigor, sin compadecerse de su flaqueza; porque les parece que tanto son más superiores, cuanto mandan cosas mayores y con mayor imperio; y no miran, como debieran, lo que dijo aquel gran pastor de los ganados materiales <sup>1</sup>: «Si los hiciere trabajar sobre sus fuerzas en el camino, en un día morirá todo el ganado.»

Cuánto cuidado tuvo nuestro santo Padre sobre este punto, bien se descubre por lo que dejamos dicho en los capítulos pasados, que siempre quiso que los ejercicios se acomodasen á la salud, á la edad, al ingenio, á las letras, á las fuerzas, á la disposición y al favor de cada uno; ¿por qué causa, sino por la que dice en la anotación diez y ocho: *Porque no se den á quien es rudo ó de poca complexion cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas?* ¿Qué es esto sino lo que dice el apóstol san Pedro <sup>2</sup>: Apacentad la grey del Señor: *Providentes non coacte, sed spontanee secundum Deum?* esto es, proveyendo y ordenando tales cosas, que no se hayan de hacer por fuerza y con violencia, sino voluntariamente y con amor. Lo mismo es que les mandéis cosas que no puedan descansadamente llevar y aprovecharse con ellas. Porque así se declara este lugar de san Pedro muy cómodamente, conviene á saber, que veda la violencia y fuerza que se hace á los súbditos, y viene á ser lo mismo

<sup>1</sup> Gen. XXXIII, 13. — <sup>2</sup> I Petr. V, 2.

que luego dijo <sup>1</sup>: Ni gobernéis como dominantes, esto es, imperiosamente, como los príncipes seculares, los cuales son señores para que sus súbditos los lleven sobre sus hombros; pero vosotros sois pastores para llevar sobre los vuestros las ovejas flacas y perdidas.

## CAPÍTULO X.

DE OTRO GRADO DE POCA FIDELIDAD, QUE ES LA AVARICIA.

**O**TRO grado de infidelidad es enderezar la doctrina y enseñanza espiritual á intereses y ganancias corporales con avaricia. Porque si es falta de fidelidad en un mayordomo aprovecharse de la hacienda de su señor para sus propias grangerías, principalmente cuando es con daño del señor, ¿cómo no lo será quererse servir del caudal, que recibimos de Dios, para nuestras ganancias? Porque si es infiel el mayordomo ó administrador que de la hacienda temporal quiere sacar interés corporal, no más que porque es ajena; ¿cuánto más infiel será el que da las riquezas espirituales que ha recibido, por interés temporal, esto es, que de la doctrina espiritual de la palabra de Dios, y de la inteligencia de las Escrituras quiere sacar con avaricia ganancias corporales? Y aquello primero pocas veces se hace sin injuria y daño del Señor, y esto segundo nunca. Porque el mayordomo tem-

<sup>1</sup> Petr. V, 3.

poral que atiende á sus grangerías, por lo menos ocupa su persona, hurta su industria, y embaraza el dinero, teniendo derecho su amo para aprovecharse de lo uno y de lo otro. Y si bien es verdad, que los señores temporales no siempre quieren traer empleado su dinero, pero Dios nuestro Señor nunca quiere tenerle ocioso, sino que siempre ande empleado y en trato, y que se lo vuelvan con ganancia <sup>1</sup>. ¿Con qué ganancia? sino aquella en que se ocupaba san Pablo cuando decia <sup>2</sup>: «Siendo como era libre entre todos, me hice siervo de todos para grangearlos á todos. Para ganar á los judíos me hice como judío, y para ganar á los que estaban sujetos á la ley me hice como si yo estuviera sujeto, aunque en la verdad no lo estaba, etc.» Pues ¿cuánta infidelidad es, y qué pena merece el que habiendo recibido el talento para ganar las almas á Dios, le esconde debajo de la tierra, y le sepulta en la codicia de las riquezas temporales?

¿Qué diré de otra infidelidad no menor, que si una vez los ministros de Dios pican en avaricia, de menores principios se van adelantando hasta llegar á vender la verdad por dineros? Este yerro cometió antiguamente el profeta Balaan <sup>3</sup>, que habiendo sido prevenido y avisado de Dios, que no maldijese á su pueblo, movido de las dádivas y ofertas del rey gentil se habia resuelto y determinado á lo contrario. Así son, dice san Pedro <sup>4</sup>, los hijos de la maldicion, que teniendo el corazon ejercitado en avaricia dejan el camino derecho, y se pierden siguiendo el camino de Balaan, que se acodició á la paga de la iniquidad; y como dice san Judas Tadeo <sup>5</sup>: *Errore Balaam mercede effusi sunt*. Con el error de Balaan, viendo

<sup>1</sup> Math. XXV, 27.—<sup>2</sup> I Cor. IX, 19-21.—<sup>3</sup> Num. XXII, 12-21.  
—<sup>4</sup> II Pet. II, 14, 15.—<sup>5</sup> Jud. 11.

la paga á los ojos, se derraman, se alargan, se arrojan y despeñan á lo que no pensaban, como lo hizo Judas, que llegó á vender á su Maestro por vil precio y pocos dineros. Estos son los que por interés truecan la bendicion en maldicion, y al contrario tambien: éstos son los maestros espirituales que á donde esperan ganancias y aprovechamiento temporal, todo es lícito, todo es santo, todo conforme á la divina voluntad, y á donde no esperan, allí cargan todo el rigor de la ley, y las amenazas y castigos divinos. Estos son aquellos profetas de quienes dijo Miqueas <sup>1</sup>: «Que si tienen algo que morder y asir con los dientes, predicán paz; y si alguno no les da nada que llevar á la boca, le amenazan y aperciben para guerra.» ¡Cuánta lástima es, y cuán grave daño ver cómo el interés hace violencia á la teología, y la saca por fuerza de su lugar, y las dádivas y las ofertas eclipsan la luz y la vuelven en tinieblas! Cuando los doctores venden la verdad; y los poderosos compran la mentira; los profetas venden seguridad; y los ricos se ciegan de buena gana, y tienen por bien á costa de dineros y de temporalidades rescatar sus gustos, y llevar hasta el cabo sus intentos; y á los maestros les parece que son tan dueños de la verdad para hacer de ella lo que quisieren, como lo son de su lengua para formar las palabras á su gusto; y así las fingen y componen, como dice san Pedro <sup>2</sup>, como es más á propósito para negociar de sus discípulos con avaricia. Porque ¿quién me darás ahora, dice san Bernardo <sup>3</sup>, del número de los prelados que no esté más atento con súbditos á sacarles sus dineros, que no á desarraigales vicios? De los tales dijo el profeta Miqueas <sup>4</sup>: «Sus príncipes juzgaban por dádivas y presentes,

<sup>1</sup> Mich. III, 5. — <sup>2</sup> II Pet. II, 3. — <sup>3</sup> Serm. 77 in Cantica. —  
<sup>4</sup> Mich. III, 11, 12.

sus sacerdotes enseñaban por su paga, y los profetas adivinaban por dinero. Y lo bueno es que se aseguraban y estribaban sobre el Señor, diciendo: ¿Por ventura el Señor no está en medio de nosotros? pues no vendrán sobre nosotros ningunos males; y por esta falsa seguridad se vino á destruir y asolar el templo y la ciudad.»

Pero dejemos ahora esta infidelidad de los que mudan la verdad de Dios en mentira, y tratemos más de cerca de los maestros espirituales, que instruyen y enderezan á otros á la perfeccion; los cuales aunque enseñan la verdad, pero muchas veces, como dice el Apóstol <sup>1</sup>, enseñan, no lo que conviene ni lo que es á propósito, y esto por respecto de algun interés, que por pretenderse por este camino es torpe ganancia. Porque allí enseñan de mejor gana, y cosas más altas y delicadas del espíritu donde hay más esperanza de sacar algun interés ó regalo, que no donde hay mejor disposicion para recibirlas y aprovecharse de ellas. A estas personas dan el tiempo sin tasa, y con ellas trabajan, como quien labra una mina de que esperan enriquecerse. De aquí nace el ornato y comodidad en sus celdas, y el regalo en salud y en enfermedad, con tanto exceso algunas veces que, como dice el glorioso san Jerónimo: La Iglesia gime y suspira de tener ricos á los que el mundo tuvo y conoció mendigos; y por el mismo tenor podemos decir, que las Religiones suspiran de ver algunos más acomodados y regalados despues que empezaron á ser maestros de oracion y de penitencia, que lo estaban cuando no lo eran. Y llanamente están en la misma culpa que nuestro Salvador reprendió á los fariseos, que se tragan y consumen las casas de las viudas, con pretexto y disimulacion de

<sup>1</sup> Tit. I, 11.

oraciones largas <sup>1</sup>. Porque dándose por hombres de mucho espíritu y oración, las mujeres sencillas y devotas por tener parte en sus oraciones y en su doctrina, y por parecerles que sustentan una lámpara que está ardiendo y luciendo en el acatamiento de Dios, se lo quitan de la boca y de su sudor para sustentarlos y regalarlos. Y algunos padres espirituales son tan largos en admitir estas ofrendas, que no reparan en condescender con su devoción y consumirles el caudal; de manera, que cuando escapan de sus manos pueden decir lo que la esposa <sup>2</sup>: «Quitáronme mi capa á mí los que guardaban los muros.»

Y no por eso se quita á los fieles la obligación de sustentar á sus maestros, y la devoción de regalarlos, ni á ellos se les prohíbe el recibir y procurar su sustento; pero lo que se les pide es, que no quieran más de lo necesario, y se contenten con lo moderado, y con lo poco y lo sencillo, y que todo huela á la humildad y pobreza de Jesucristo. De este Señor deben esperar que les proveerá de los tesoros de su providencia, mejor que á los gusanos de la tierra, y que á las aves del cielo, sin hacer negociación de la palabra divina para traer á sí las riquezas ajenas, los que por razón de la misma palabra deben repartir entre los pobres las suyas propias. Y es cierto que el que no sabe distribuir los bienes temporales, y se muestra despreciador de ellos, que no se le puede fiar que distribuya los espirituales; porque como dijo nuestro Salvador á sus discípulos á este mismo propósito, el que es fiel en lo poco, indicio da y argumento de que lo será en lo mucho. Las riquezas y regalos temporales son lo poco, la doctrina de la verdad es lo mucho: las riquezas tem-

<sup>1</sup> Math. XXIII, 14; Luc. XX, 47.— <sup>2</sup> Cant. V, 7.

porales son falsas, la luz espiritual son riquezas verdaderas: aquellas son riquezas ajenas, y como alhajas de la posada de este mundo, que usamos de ellas mientras vivimos en él, y las dejamos cuando salimos, como el huésped deja la ropa que no es suya al salir de la posada; las riquezas espirituales son verdaderas, pues las llevamos con nosotros para gozarlas por toda la eternidad. Pues con razón dijo nuestro Salvador: Si sois avarientos de bienes temporales, ¿cómo sabéis repartir la doctrina y el conocimiento de la verdad, que son riquezas espirituales? si no sois fieles en estas riquezas que son falsas, ¿quién os fiará las de la divina palabra que son verdaderas? y si no sois fieles en las temporales, que son ajenas y no propias, ¿quién fiará de vosotros las riquezas que son propias vuestras? como si dijera: Mucho menos sabréis repartirlas y administrarlas: porque ¿cómo podrá poner estima de las riquezas espirituales y eternas, el que por medio de esa misma predicación trata de granjear las temporales y terrenas? Y es cierto que los apóstoles no tanto hacían creíble la grandeza de la gloria celestial y el desprecio de la prosperidad de este mundo con sus palabras, cuanto con sus ejemplos, y con ver los pueblos que los oían que hacían ellos en sí mismos la experiencia, y como la salva de la doctrina que predicaban, con lo cual se animaban á la imitación de sus maestros; y no lo hicieran si echaran de ver que recogían para sí los predicadores, lo que renunciaban y desecharon sus oyentes. En lo cual tuvo tanto punto el bienaventurado apóstol san Pablo, que quiso más trabajar con sus manos, que recibir nada de los fieles, para poderles decir como les dijo <sup>1</sup>: «El oro y la plata, ni el ves-

<sup>1</sup> Act. XX, 33, 34.

tido de nadie no le he codiciado, como vosotros bien sabeis; porque estas manos han trabajado para suplir las necesidades mias y de mis compañeros.» Y aunque en la carta que escribe á los corintios prueba con muchas razones, que es lícito al predicador, y que tiene derecho á recibir el sustento de sus oyentes; «pero yo, dice <sup>1</sup>, no he querido usar de esta potestad, sino antes sufrir toda necesidad y trabajo, por no poner algun estorbo ó impedimento al Evangelio de Jesucristo; ni quiero que se haga nada conmigo, porque tengo por mejor morir que no que me pueda dar nadie en rostro de que he recibido algo de él, y que ponga mengua en la gloria que tengo de haber predicado sin haceros gasto y sin admitir la costa.» Tanta fué la limpieza con que predicó este santo Apóstol, y tan lejos quiso estar de cualquier color y apariencia de codicia. Qué haya sentido nuestro santo Padre en este punto, no hay para que detenernos en decirlo, porque se hallará fácilmente lo mucho que acerca de él nos dejó escrito en las Constituciones, y arriba queda dicho no poco del amor de la santa pobreza, y ejercicio de ella.

<sup>1</sup> I Cor IX, 12, 15.

## CAPÍTULO XI.

PROSIGUE EL MISMO INTENTO DE LA SINCERIDAD DE INTENCION QUE DEBEN TENER LOS PADRES Y MAESTROS ESPIRITUALES.

**Q**UERIENDO el Apóstol dar razon á los tesalonicenses de la limpieza con que habia predicado el Evangelio, sin pretender jamás tomar ocasion de él para enriquecerse; y lo que es consiguiente á esto de la entereza con que habia dicho la verdad, sin tratar de lisonjear á nadie, juntó tambien con esto la pureza de su intencion, que ni de ellos ni de otros no habia pretendido honra ni alabanza, porque este apetito de la gloria humana, no menos que del dinero, suele ser causa de adulterar la palabra divina, y convertirla en mentira y en lisonja. «Nunca, dice <sup>1</sup>, conversamos entre vosotros con palabras lisonjeras, como todos sabeis; ni queriendo tomar ocasion de avaricia, como Dios es testigo; ni buscando gloria humana, ni de vosotros, ni de otros ningunos.» Este vicio se suele arrimar demasíadamente á los predicadores ó maestros de la vida espiritual, porque aunque entran en este oficio con deseo de aprovechar á sus prójimos, como se sigue las más veces el favor y estima y alabanza de los mismos prójimos, aficionados y saboreados de esto suelen torcer la proa,

<sup>1</sup> I Thesal. II, 5, 6.